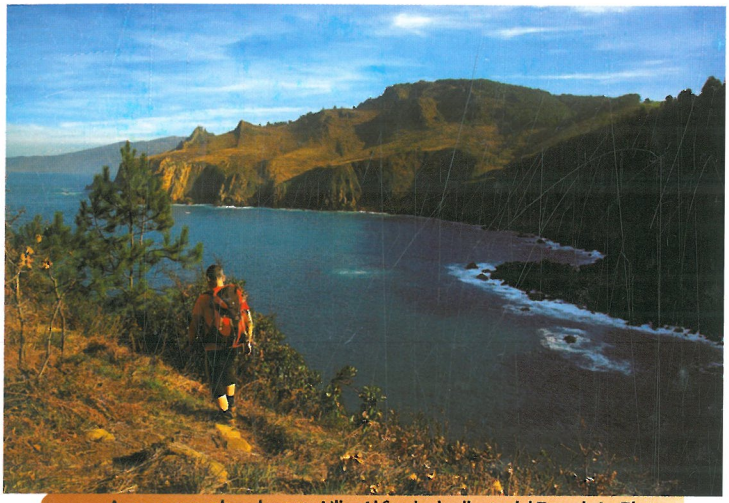
Introducción

Los vascos, como tantos otros pueblos, tuvieron que aprender a manejarse con el mar, a conocerlo y a hacer tratos arriesgados con él. Desde los habitantes prehistóricos, que descifraron las respiraciones del océano y aprovechaban las mareas bajas para recolectar marisco, hasta los marinos que se embarcaron en las prodigiosas expediciones a Terranova, cientos de generaciones se empeñaron en dominar las aguas.



Avanzamos sobre el monte Ulia. Al fondo, la silueta del Faro de La Plata.

El hombre de Jaizkibel, hace 8.000 años, ya se aventuraba un par de kilómetros mar adentro para pescar. Sus descendientes siguieron explorando la costa: las calas, los peñascos, las corrientes, los oleajes. Los romanos establecieron rutas regulares por el litoral, industrias de salazón y un gran puerto como el de Oiasso (hoy Irun). De los normandos se copiaron algunas técnicas navales.

En ese empeño de siglos los vascos aprendieron a trazar caminos sobre el océano, y todos los saberes cuajaron en la época de los grandes descubrimientos: de este pequeño tramo de costa salían los mejores barcos y los mejores hombres a cazar ballenas, a pescar bacalao, a traer galeones cargados de cacao y tabaco, a la rapiña de las conquistas y las guerras, a lanzar expediciones corsarias para defender los botines propios y atacar los ajenos. Siglos más tarde, los mismos puertos vieron

zarpar la miseria de los emigrantes y la riqueza del hierro. En definitiva, el mar fue la puerta de los vascos para salir al mundo. Y la costa, esa línea de 225 kilómetros, era el umbral desde el que oteaban un horizonte plagado de promesas y amenazas.

Caminaremos durante trece jornadas por ese umbral, desde la desembocadura del río Atturri hasta el promontorio rocoso de Cobaron. La ruta merecería la pena ya sólo por los paisajes: marcharemos por el borde de acantilados y a través de arenales, bordearemos bahías amplias y calas recoletas, contemplaremos islotes, recorreremos cabos y atravesaremos estuarios. Conoceremos las pocas joyas naturales que han resistido la intervención humana: sistemas de dunas, bosquetes litorales, humedales en los que reposan aves migratorias, calas vírgenes pobladas de aves marítimas, peces, moluscos y crustáceos, o acantilados cuyas capas pétreas registran algunos de los acontecimientos más importantes de la historia de nuestro planeta.

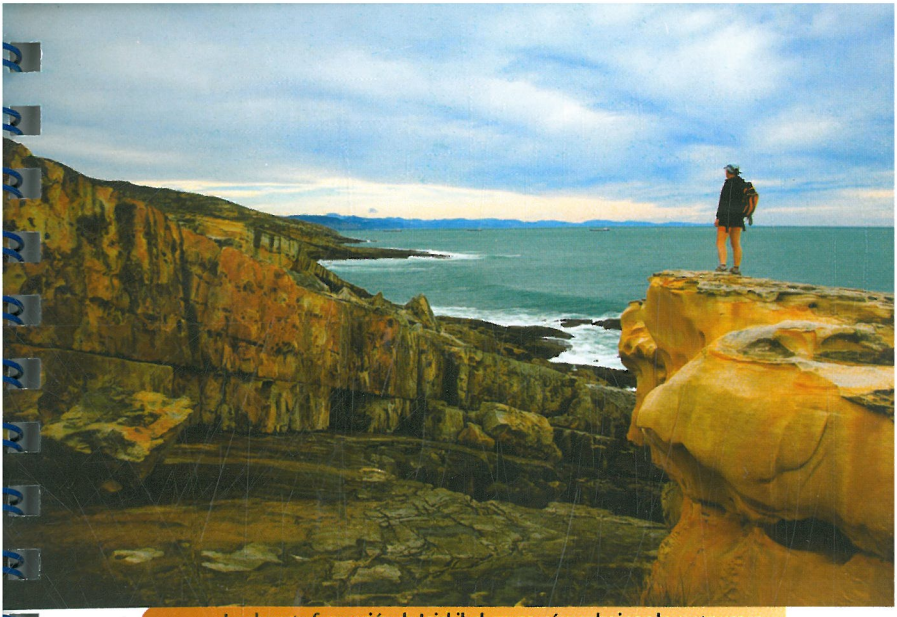
Además del escenario natural, este viaje permite seguir el rastro de la aventura marítima vasca. Es fácil evocar el pasado en los puertos históricos, los museos navales, las atalayas balleneras y los viejos cargaderos de mineral, pero también sentiremos el pulso muy vivo de los ajetreos actuales: grandes puertos como los de Pasaia o Bilbao, que registran tráficos muy intensos de mercancías, o puertos como los de Donibane Lohizune, Hondarribia, Zumaia, Mutriku, Ondarroa, Elantxobe, Bermeo y tantos otros que se afanan con la pesca, los astilleros y las fábricas de conservas.

La ruta al borde del mar

En la costa también se mantienen algunos oficios tradicionales de tierra –la pequeña ganadería, la agricultura de huertas, maizales y vides–, como veremos en los barrios rurales y en los caseríos desperdigados que cruza el itinerario; y las explotaciones forestales han forrado el paisaje con grandes extensiones de pino y eucalipto.

Pero las actividades más pujantes de hoy en día siguen ligadas al mar como espacio de ocio y turismo: abundan los puertos deportivos, las playas turísticas y las mecas para surfistas, que han contribuido a la efervescencia de localidades como Angelu, Biarritz, Donostia, Zarautz, Mundaka... En el último par de siglos muchas personas adineradas han invertido fortunas para asegurarse un pedazo de este paisaje tan atractivo. La costa vasca está punteada por castillos de aristócratas, palacios señoriales, mansiones construidas por la alta burguesía, hoteles y casinos.

De una u otra forma, toda esta prosperidad la ha traído el mar. Pero el mar, no lo olvidemos, también es amenaza. Por eso existe otro tipo



La abrupta formación de Jaizkibel, un paraíso salvaje en la costa vasca.

de arquitectura en esta ruta que no se levanta para asomarse al océano sino para defenderse de él. Hablamos de diques y espigones, de fortalezas militares, cañones ya oxidados y búnkers temerosos de un invasor marítimo, pero también de las frecuentes defensas espirituales: ermitas consagradas a santos protectores, altares de vírgenes que velan por los marineros, cruces rebozadas de líquenes que se encaran con los oleajes. Porque el mar se comporta a menudo como una bestia diabólica que arrebata vidas a zarpazos; y cuando las técnicas y las habilidades no bastaban para escapar, los hombres y las mujeres del litoral buscaban también la ayuda divina...

El bagaje y los pertrechos están ya listos para emprender el viaje. El ánimo, encendido. Iniciamos, decididos a ofrecer novedosas propuestas y a documentarlas con vivencias, un periplo a pie que nos permitirá mostrar la riqueza natural y los contrastes de nuestro territorio costero; y que servirá para rememorar las aventuras y desventuras de nuestros antepasados entre la tierra y el mar.

Un contraste de paisajes

El diseño de esta ruta parece sencillo: basta con seguir la silueta costera, esa línea del frente que han establecido la tierra y el mar en su batalla, con sus cabos, bahías, penínsulas, rías y playas. El itinerario viene dictado por el perfil litoral. Sin embargo, en algunos tramos resulta bastante difícil caminar por ese borde. La costa vasca es muy

abrupta y a menudo el camino debe esquivar zonas de acantilados, laderas cubiertas por la maleza o calas rocosas que sólo permiten el paso durante la marea baja y con muchas precauciones. Por tanto, el trazado se arrima al océano siempre que puede –con algunos tramos verdaderamente espectaculares– pero tampoco desdeña ciertos rodeos interiores, que además ofrecen un contraste de paisajes. Porque no toda la vida costera es vida marina: también conoceremos caseríos y barrios rurales, atravesaremos bosques, subiremos montañas.

El viaje transcurre por caminos sencillos y claros. En muchos tramos obedeceremos las señales de pintura blanca y roja de algún GR ("gran recorrido": la vuelta a Gipuzkoa, la vuelta a Bizkaia, la vuelta a Urdaibai...) o las blancas y amarillas de algún PR ("pequeño recorrido": itinerarios más modestos por los pueblos o las comarcas). También seguiremos los postes del Sendero Litoral de Lapurdi o las marcas del Club Vasco de Camping en Jaizkibel y Ulia, incluso las flechas amarillas del Camino de Santiago costero en unos pocos trechos.

Todo esto significa que casi siempre tendremos pistas o senderos bien balizados, en los que resulta cómodo caminar y orientarse. Y se reducen al mínimo los tramos por carretera, para ganar en tranquilidad. Algunas etapas sí que se internan por terrenos un poco más complicados (entre acantilados y calas salvajes), porque es la única manera de conocer algunos de los parajes más atractivos de la costa, pero son muy pocos casos y en todos ellos se ofrece una variante más sencilla por el interior, de manera que el caminante pueda escoger.

La ruta, por tanto, no presenta dificultades técnicas que puedan desanimar a nadie. En cuanto a la resistencia física, tampoco hace falta ser un atleta o un montañero consumado para completar la ruta. Evidentemente, ayuda tener un poco de fondo y una cierta costumbre de caminar durante varias horas. Algunas etapas resultan exigentes, por la longitud y la acumulación de desniveles, pero casi todas pueden dividirse en función de los planes de cada caminante, que puede acortar la etapa y terminarla en un punto anterior. También puede, por supuesto, prolongarla y enriquecerla a su gusto, bajando a las calas y las playas o subiendo a las montañas que quedan junto al camino.

Nosotros proponemos un recorrido de este a oeste, dividido en trece etapas (dos discurren por Lapurdi, cuatro y media por Gipuzkoa, y seis y media por Bizkaia). Los tiempos calculados para cada etapa son meras aproximaciones y no tienen en cuenta los descansos, por lo que cada caminante debe añadir ese tiempo extra en sus cálculos.

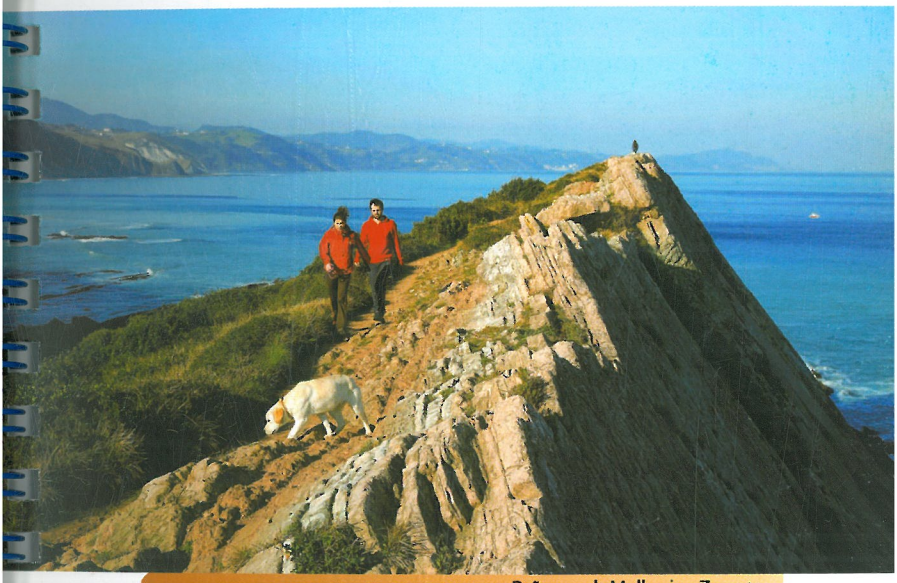
ETAPA 6. Zarautz - Deba

Hoy vivimos una de las emociones del caminante: pisar donde pisaron otros hace siglos, hace milenios. En Zarautz tomamos la vieja calzada de la costa, aquella legendaria ruta empedrada que recorría toda la franja cantábrica. Su origen se atribuye a los romanos, pero puede que estas piedras sean posteriores porque la calzada también fue camino medieval y jacobeo.

El primer tramo es un repecho feroz hasta la ermita de Santa Bárbara. Luego caminamos sobre hormigón y asfalto, en una ladera con vistas al mar en la que maduran las uvas destinadas al txakoli. Entre bodegas y caseríos alcanzamos el cementerio de Getaria. Nuestra ruta se aleja del pueblo, pero quien no lo conozca debería bajar a visitarlo. Getaría y su puerto se asientan sobre el tómbolo que une la costa con el monte San Antón, conocido por sus formas como el Ratón de Getaria. Este núcleo constituyó una de las semillas medievales

DATOS PRÁCTICOS

- **Inicio de Etapa:** Zarautz
- **Final de Etapa:** Deba
- **Tiempo total:** 5 h 20 min.



Peñascos de Mollarri en Zarautz.

de Gipuzkoa y aquí nació Juan Sebastián Elcano, el primer navegante que completó la vuelta al mundo.

Entre los caseríos del interior encontramos de nuevo la calzada costera: un hermoso tramo de bloques de arenisca, gastados por millones de pisadas, encajados como muelas en las encías de la tierra, tan renegridos por la humedad de siglos que ya no parecen obra humana sino un elemento propio del paisaje, un antiguo río petrificado que serpentea entre campos y cultivos. La calzada desemboca al pie de una colina, en cuya parte alta se alzan los caseríos del barrio getariarra de Askizu, arracimados en torno a una mole con aires de fortaleza. En este caso los bloques de arenisca se acumularon uno sobre otro, formando muros altos y gruesos, hasta crear una estalagmita de arquitectura y fe: la iglesia gótica de San Martín de Tours, faro jacobeo para los peregrinos de la costa.

Un descenso rápido nos deja junto a la casa-museo del pintor Zuloaga y la anexa ermita de Santiago, donde los caminantes esperaban el bote que atravesaba la ría hasta el pueblo de Zumaia. Nosotros llegamos a pie, cruzando los ríos Urola y Narrondo, y subimos hasta la ermita de San Telmo, colgada sobre el mar.

A nuestros pies se extiende una maravilla natural: el flysch de Algorri. Los acantilados forman un inmenso hojaldre de piedra, en el que se alternan capas de calizas, margas y areniscas. Son franjas de sedimentos acumulados en el fondo del mar hace millones de años, que después emergieron y viraron hasta ponerse verticales. Cada una de ellas es una página de historia natural y entre todas forman un libro de ocho kilómetros, desde Deba, donde se registran datos de hace cien millones de años, hasta Getaria, donde los datos son de hace cincuenta millones. Esas páginas pétreas relatan los cambios climáticos, el nacimiento de los Pirineos o, justo aquí en Algorri, la extinción de los dinosaurios.

Calas del contrabando

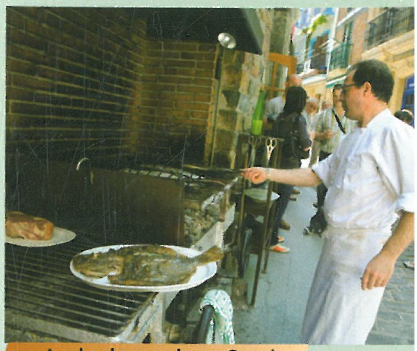
La caminata hasta Deba nos llevará casi siempre por el interior, entre colinas herbosas donde pace el ganado, entre los maizales y las huertas de caseríos dispersos y barrios rurales como el de Elorriaga. También por bosquetes litorales y pinares de repoblación. Pero todavía nos arrimaremos al mar en parajes asombrosos como el de Sakoneta. Cuando baja la marea, en esta cala aflora una inmensa plataforma rocosa, testimonio de la antiquísima costa que fue derribada y triturada, mordisco a mordisco, por las olas y el viento. Nos asomaremos, aunque de lejos, a los acantilados de Mendata, en cuyas calas y covachas se vivían ajetreadas noches de contrabando. Y desde la ermita de Santa Catalina, otro faro de peregrinos levantado en una pequeña cumbre, divisamos ya el casco de Deba.

RUTÓMETRO
Etapa 6

00.00 Palacio de Narros. Junto a la iglesia de Santa María la Real tomamos la carretera que sube a Meagas (GI-2633). En cuanto pasamos el asilo Santa Ana, nos desviamos a la derecha por un camino de asfalto empinado (hay flechas amarillas del Camino de Santiago y pinturas blanquirrojas del GR). Pisamos la vieja calzada de la costa hasta la ermita de Santa Bárbara; luego el camino pasa a ser de cemento. En un cruce, las marcas del GR indican la subida hacia el alto de Garate, pero nosotros seguimos las amarillas del Camino de Santiago hacia Getaria, pasando junto a bodegas de txakoli, hasta alcanzar la carretera GI-3391. La seguimos cuesta abajo.

00.50 Cementerio de Getaria. Tomamos a la izquierda una pista de hormigón (señal del restaurante Kanpaia). Pasamos por la txakolindegi Akarregi Txiki y giramos a la izquierda para meternos en la calzada de Askizu. Llegamos a la carretera GI-3392 y la tomamos hacia la izquierda. Al pie de Askizu dejamos la carretera y giramos a la izquierda, por delante del caserío Asti, para subir por una pista asfaltada hasta la iglesia de San Martín.

00.25 Askizu (1.15). Seguimos las flechas junto al caserío Agote Haundi, hasta el caserío Mendi Txiki. Aquí giramos a la derecha y empalmamos con el GR. Bajamos

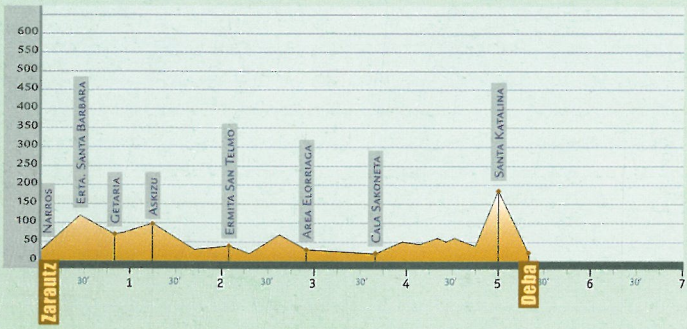

Asador de pescados en Getaria.

hacia Zumaia, llegamos a la carretera N-634 y pasamos frente al museo Zuloaga y la ermita de Santiago. Cruzamos el río Urola por el puente peatonal, bajamos a la derecha y avanzamos junto al carril bici. Atravesamos el puente sobre el río Narrondo. En la otra orilla giramos a la derecha y caminamos unos metros hasta la plaza Amaia. Nos metemos a la izquierda y subimos por la carretera, siguiendo las marcas rojiblancas y las señales que indican el camino al flysch de Algorri y a la ermita de San Telmo.

00.50 Ermita de San Telmo (2.05). El sendero baja hacia la punta Algorri, pero antes de su extremo se desvía a la izquierda, baja a una pradera y sube hacia la ladera de enfrente. Cruzamos una verja y serpenteamos ganando altura, con vistas sobre la ensenada de Aitzuri. Luego el camino se interna tierra adentro y sube hasta una pista asfaltada en la que reaparecen las flechas jacobeas. Tomamos a la derecha, hacia unos caseríos, y caminamos hasta el área recreativa de Elorriaga.

00.50 Área de Elorriaga (2.55). Cruzamos un paso alambrado, con marcas del Camino de Santiago y del GR. Pronto llegamos al barrio de Elorriaga, donde dejamos la ruta jacobea y giramos a mano derecha junto a un poste de señales (GR a Deba). El camino avanza por la ladera, cruza una plantación de pinos y baja hasta un promontorio sobre los acantilados. En el caserío Arantza Goikoa giramos a la derecha y bajamos hasta el caserón en ruinas de Arantza Azpikoa. Un sendero baja por un bosque de pinos y robles hasta una vaguada herbosa. En lugar de cruzar el arroyo por el puente de piedra, caminamos por la orilla derecha hasta la cala de Sakoneta.

00.45 Sakoneta (3.40). Cruzamos dos puentecitos de madera y subimos por el prado hasta una valla. La cruzamos y subimos por un tramo vertiginoso sobre los acantilados, bajamos a una vaguada y descubrimos el tren de la costa. Seguimos la vía hasta que cruzamos un arroyo y subimos por la ladera justo encima de la boca de un túnel. Bajamos a la derecha y tomamos una pista de hormigón que sube con mucha pendiente. Nada más pasar una verja metálica, nos metemos a la derecha por un sendero que baja hacia la costa atravesando un bosquete. Vemos una borda en ruinas y luego otra verja. Al pasarla, tomamos a la izquierda. Las pinturas del GR nos orientan por el pinar. Salimos a una pista de hormigón y bajamos hacia la derecha, pero antes de terminar el descenso las señales nos mandan a la derecha, por una trocha que cae hasta la depuradora de Deba. Rodeamos el edificio y subimos hasta la carretera N-634. Seguimos carretera arriba hasta encontrar una señal de gasolinera a 500 m. Allí arranca una pista de hormigón. En vez de tomarla, cruzamos la alambrada que hay a la derecha y entramos en la ladera. En lo alto se ve la ermita de Santa Katalina.

1.20 Ermita de Santa Katalina (5.00). Un poste de señales indica la bajada directa a Deba. Cruzamos la playa y caminamos hasta el puente.

00.20 Puente sobre el Deba. (5.20)